


IDENTIDAD, MEMORIA, IDENTIDADES

*Me detengo a la orilla de mí y me asomo...
Abismo. Y en este abismo, el Universo
Con su tiempo y espacio es un astro, y en él
Algunos, hay otros universos, otras
Formas del Ser con otros tiempos, espacios
Y otras vidas diferentes de esta vida.*

Fernando Pessoa, *Primer Fausto*



Hablar de identidad, a menudo, es hablar de otros que nos miran e identifican, a pesar de las discontinuidades reales o imaginarias que hemos vivido. Otros que saben quiénes somos y que tienen el poder de reconocernos y de señalar, a veces, con extrañeza las transgresiones en que, supuestamente, incurrimos respecto de lo que hemos sido. Que hablan de nuestra autenticidad o de nuestras máscaras. Que denuncian las fracturas de nuestros artificios. Que eligen, como si tuvieran la clave de nuestro secreto, entre los muchos que hemos sido, uno al que considerar real.

El hecho de que nos identifiquen nos compromete con el elegido por ellos y nos obliga a circunscribirnos a su percepción particular. Y, sobre los múltiples planos del espacio y del tiempo, de lo imaginario y de lo concreto, de lo subjetivo y de lo objetivo, somos, circunstancialmente, una particularidad identificada.

Así, la identidad es un estado particularizado de la persona en un momento dado de la existencia. La identificación de esa particularidad hecha por otro devine en instrumento de su continuidad. Y esto nos crea la ilusión de ser un todo que va dejando sus huellas en los días que pasan y se se superpone, como tal, a la confusión de lo cotidiano. A un caos de posibilidades de ser fragmentarias y contradictorias, según demandan las circunstancias. Para llegar a ser identificados tenemos que constituir un todo viable y cognoscible y, además, tener la capacidad de que podamos representárnoslo y, hacerlo visible para los otros más allá de la continuidad del sentido físico, que nos vuelve perceptible para los demás.

La identidad se construye en el territorio de la memoria, en el terreno del re-conocimiento, donde el recuerdo rescata del olvido el espacio perdido, el sueño pasajero, el dolor superado y



le confiere no sólo presente, sino, también, futuro. La agri dulce nostalgia de lo que hemos sido -que no será jamás- se proyecta hacia adelante en lo que podemos llegar a ser.

Escondido, en algún rincón, está aquel que hemos sido, como un cómplice del pasado, que arroja una luz reveladora sobre el fracaso o la desilusión del presente. Un cómplice que nos devuelve identidades dormidas. Calidoscópicas. Algunas sólo identidades engendradas en el vacío o en el miedo. Elegidas como exilios voluntarios, que nos salvaguardan de la quiebra interior o del desastre y que, como tales, se contraponen, a otras identidades conocidas, que, pasado el tiempo que borra los rostros falsos y los verdaderos, acabamos por no reconocer.

Son aquellas identidades que actualiza el amigo que desde hace veinte años no vemos. Y que, un día, nos encuentra en la calle y nos saluda. Y nos sorprende contándonos lo que hacíamos y decíamos entonces, y nos coloca en la difícil situación de traer al presente lo que fuimos. Al que, llegado el momento, no sabemos cómo hacer regresar para salir del circunstancial compromiso. Durante instantes de incertidumbre y de vacío la duda sobre cómo actuar o qué decir nos hace cobrar conciencia de que somos otro distinto del momento puntual en el cual nos trató. Aunque aquél que él conoció está en nosotros. En la lejanía. ¿Cuántas veces tenemos que hacer retornar al que fuimos, pero ya no somos? Lentamente retorna. A veces, resistiéndose a volver a un tiempo que no es suyo y que tiene poco que ver con el que él vivió, sólo por la urgencia de una convención social o el imperio de un lugar común. Volver significa, para quién fuimos, aceptar que tiene sentido este espacio y este tiempo en el cual ya no está. No puede sorprendernos que, ocasionalmente, retorne, como si fuera un extranjero proveniente de un país lejano con la pesada carga del desarraigo a cuesta. Con el rostro surcado de desilusiones y fatigas vuelve y mira, conservando en los ojos la luz de días huidos del presente, para darle sentido a este instante en que se le ha elegido a él como el único posible y deseable de todos los que somos, para no reducir al absurdo, tal vez, un convencional saludo. Aunque el que fuimos no saluda al amigo que está delante hablándonos de su presente, su familia o su trabajo actual, sino que pugna por hablarle aquel otro, con el cual tenía una implicación afectiva que ahora tampoco está, y que tiene en común con esa identidad nuestra guardada en un rincón de la memoria, y traída por la causalidad de un encuentro, un tesoro de melancolía, ambición insatisfecha o sueños postergados. Y es posible que algún deseo no cumplido que, precisamente por eso,

ha dejado de ser una causa de implicación mútua; porque el deseo nos da una identidad y cuando cambia, también perderemos la identidad que lo atesoró.

La mirada del otro nos puede llevar a rescatarnos del olvido y a dudar sobre quiénes soy. Pero la duda sobre quién soy no siempre entraña la duda de quién he sido. Cuando nos alejamos de ese momento, socialmente comprometido, en que hemos tenido que llamar en nuestro auxilio a quién ya no soy ni está en el cotidiano hacer de nuestro presente para que se identifique ante el que le conoce; podemos, al menos, tener una certeza: el amigo que nos ha reconocido en la calle y nos ha saludado sabe quién fui y a quién le habla. Y ese que fui y que retorna ante él pertenece a un lugar y un tiempo. Tiene una certidumbre construida sobre nuestra identidad y puede, incluso, decir a otros que la hemos traicionado. Puede decírnoslo a nosotros mismos e inducirnos al desconcierto y a la angustia. Para él estamos identificados como un todo particularizado que tiene rasgos distintivos. La identificación de éstos, como diferenciales, ha permitido, sobre todo, que nos reconozca y si esos rasgos diferenciales se desvanecen, también, su certidumbre sobre la autenticidad de nuestra identidad. Al menos aquella identidad que le era próxima. Puede reconocernos, a pesar de que estos rasgos diferenciales se hayan desvanecidos, pero ya no se siente próximo. Nos reconoce, como distinto. La identificación basa su fuerza integradora en el continuo de la memoria del otro.

De hecho, en cada período postulamos una identidad que se va a forjar y a desvanecer dejando su lugar a otra en la que, a veces -no siempre es así- intentamos reajustar los desequilibrios que han conducido a vivir conflictos a la identidad precedente. El amigo, que casualmente nos saluda, conoce quién he sido y ante él estoy, circunstancialmente, identificado, pero no sabe quién seré. Su certeza está construida sobre los datos del pasado. A lo sumo sobre el presente. La identidad es un resultado. Pero, si él no lo sabe, tampoco nosotros lo sabemos. También para nosotros es un resultado.

¿Cómo saberlo? La identidad es, en muchos sentidos, un fenómeno cíclico, continuamente inestable, continuamente a la búsqueda de una estabilidad necesariamente frágil y que no durará más que un espacio de tiempo puntual, durante el cual estarán conjugándose todas las causas que la justifican, causas que introducen, de paso, la duda y el escepticismo sobre su autenticidad y sobre su resitencia. La certidumbre definitiva es imposible, porque el origen de nuestra identidad se ha ido en el tiempo y, si volvemos desde el momento presente sobre nues-



DOSSIER FILOSOFÍA

tros pasos al espacio donde se construyó ésta como proyecto; si volvemos al espacio -no al tiempo- donde hemos nacido, al lugar donde hemos concebido el sueño de nosotros mismos, no lo hallamos. Es distinto y distante de nosotros. El tiempo lo ha cambiado. Todo lo que está fuera de nuestro recuerdo ha cambiado. Sólo es igual en nuestra memoria. No necesariamente es ajeno para nosotros, pero, tampoco, nos es necesariamente cercano. En todo caso, quiénes fuimos si suele ser extraño para ese mundo nuevo que no pertenece al tiempo de nuestro recuerdo. El niño que hemos sido ya no está. Otros, con otras experiencias, transitan por las calles que hemos recorrido y que hemos guardado en nuestra memoria. Los lugares en los que nos hemos sorprendido o maravillado siguen aquí, pero han perdido su complicidad con nosotros. El mapa físico de nuestro ir y venir en el mundo no se corresponde con el representado, que nos acompaña como una parte de la identidad que nos hemos construido. Tal vez, por eso el reencuentro actual con los lugares conservados en la memoria como parte de nuestro pasado suele estar o bajo el prisma de la idealización, o de la extrañeza. Y la confrontación entre el recuerdo y la realidad nos desconcierta tanto como nos entristece. Todo es igual y distinto. Al volver sobre nuestros pasos tornamos a un país perdido. Tal vez a un paraíso valorable sólo por la nostalgia.

Las tentativas de redifinición, o de reinención, de la propia identidad surgidas del deseo de alcanzar una estabilidad que nos ponga a cubierto de la desorganización provocada por cada crisis material o psicológica que hemos vivido, evidencian la vulnerabilidad de la identidad íntima, aquélla con la que establecemos el diálogo interior y en la que conjugan nuestros recuerdos. En esa identidad íntima quedan integradas la multiplicidad de identidades vividas y la integración siempre está amenazada por las propias tendencias fragmentarias de la cotidianidad. Podemos ser una continuidad para los demás, pero íntimamente sabemos que esa continuidad está hecha de múltiples discontinuidades que interfieren en el tiempo real de cada una de ellas. Alguna de esas identidades han surgido de las cenizas de otras que se han resistido a

abandonarnos. Otras, de la desesperanza. Así, hay identidades que nos han conducido a callejones sin salida, a lugares clausurados que nos llevan a desear el retorno a lo que hemos sido y nos devuelven a identidades pretéritas a las que nos aferramos por temor de llegar a no saber nada sobre nosotros mismos. O sobre el mundo. Pero aunque en algunas ocasiones pretendamos reinventarnos nunca somos del todo nuevos. El eje de la nueva identidad es esta línea imaginaria que anuda los puntos de cenit sucesivos, los puntos culminantes de las identidades sobrevenidas en el tiempo, y que llegan a constituir, a través de la representación voluntaria que de ella hacemos, nuestra imagen de sí. Una imagen frágil, como todo fenómeno animado de cambio, porque cada identidad, no siendo la suma de identidades anteriores, está determinada por múltiples identificaciones precedentes que actúan sobre nuestra capacidad de representarnos como un universo particular perceptible para los otros.

Todas esas identidades, que están mutuamente en relación de reflejo y sentido, comprenden, también, la identidad negativa de nosotros mismos, como comprenden la positiva. Nuestra sombra. Una identidad oculta que huye de la luz de la conciencia como si ésta constituyera una amenaza para la vida. Que, a veces, está constituida por un misterioso tesoro de apegos emocionales y síntomas neuróticos que sólo podemos ver, indirectamente, a través de los rasgos y las acciones de los demás, sólo podemos darnos cuenta de ella, con seguridad fuera de nosotros mismos, cuando la reconocemos en la conducta de otros. Externamente. Esa identidad oculta nos acompaña como una sombra errante, que llama a la puerta y a la que se le niega la entrada, porque habita un espacio de exilio de nuestra identidad, un territorio vedado a ojos ajenos cuya sola mirada resulta amenazadora.

Y, en su contrapartida, el ideal de nosotros mismos pugna por salir a la luz constantemente, no como un momento puntual de quiénes somos, sino como un único momento perdurable de plenitud y de sentido.